



XV

LA RENDICIÓN

ON sus brazos de gigantes,
los sitiadores ingenios
en los muros de Valencia
profundas grietas abrieron.

En tanto, los ricos-homes
Pero Cornel, y Jimeno
de Urrea, siempre arrojados,
indómitos y soberbios,

sin pedir al Rey permiso,
ni ayuda, ni valimiento,
por la parte de Boatella
contra una torre embistieron.

Defendiéronla los moros
con vigoroso ardimiento,
dando espacio á que, en su ayuda,
mandara el Emir refuerzos.

Rechazados y corridos,
los nobles retrocedieron,
y el Rey condenó, indignado,
su importuno atrevimiento.

Mas, por tomar represalias
del malogrado suceso,
ordenó Jaime que, apenas
brillara el sol en el cielo,

fueran doscientos jinetes,
con todos sus ballesteros,
y á los moros de la torre
batieran hasta vencerlos.

No era bien amanecido
cuando del Rey los guerreros
cercaban la torre mora
como un cinturón de hierro.

Los arqueros, con la diestra
de las cuerdas en el centro,
con el pie sobre el estribo
del arma, los ballesteros,

al enemigo apuntaban
sus fuertes arcos de nervios;
dispararon, y una nube
formidable nubló el cielo.

Mas hábiles que ningunos,
de Inglaterra los arqueros,
disparaban sin descanso
sus largas flechas de fresno.

Y una multitud de piedras,
como torrente deshecho,
sobre la torre llovía
chocando á diestro y siniestro,

ya en sus almenas y muros,
ya en las armas, ya en los pechos
de sus bravos defensores,
que no conocen el miedo.

Muchos son los del Monarca,
diez, no más, los sarracenos;
mas de tal modo resisten,
que parecen un ejército.

Rojos están por la rabia
sus nobles rostros morenos;
chispas de lumbre despiden
sus altivos ojos negros.

Vanamente los cristianos
les intiman con empeño
que se entreguen; no se rinden
los audaces agarenos.

Desesperados entonces
los sitiadores soberbios
de abatirla por las armas,
prenden á la torre fuego.

Suben las llamas rojizas
los altos muros lamiendo,
y en las almenas se enredan
sus jirones de humo negro.

En vano los defensores,
que no lidian con el fuego,
piden gracia á sus contrarios
que rendirlos no supieron;

que el espíritu iracundo
de aquellos siglos de hierro,
del noble Jaime ofuscando
los hidalgos sentimientos,

negó el perdón á los héroes,
que entre el horror del incendio,
de su torre en los escombros
digna mortaja tuvieron.

El valor de aquellos moros,
su constancia sin ejemplo,
fué la postrer llamarada
de un astro que se iba hundiendo,

de una raza moribunda
doliente y último esfuerzo;
que, al rodar aquella torre,
derrumbóse todo un reino.

En vano, ya agonizante,
pidió al África remedio,
que sólo el Emir de Túnez
acudió en su llamamiento.

No osaron los tunecinos
tomar en Valencia puerto;
y arrollados en Peñíscola,
de nuevo al África huyeron.

Derrumbadas sus defensas,
malogrado el llamamiento,
sin víveres ni esperanzas,
desmayada de alma y cuerpo,

la ciudad de los Emires
doblando el altivo cuello,
rendida al yugo cristiano
pidió al de Aragón convenio.

Solo estaba el rey don Jaime
de la multitud en medio,
que sólo está quien no puede
compartir sus pensamientos.

Solo está, frente á Valencia
y aguarda á sus mensajeros;
de los labios del Monarca
pende la suerte de un reino;

y en ocasión tan solemne,
en tan alto y grave empeño,
¿á quién volverá los ojos?
¿á quién pedirá consejo?

Allí están sus ricos-homes,
sus valientes mesnaderos;
mas bien sabe el rey don Jaime
dónde los llevan sus celos;

bien dice, "que antes que verle
conquistar un nuevo reino,
prefieren ver á Valencia
cautiva de sarracenos."

Allí estan sus paladines,
que pueblan el campamento;
pero los soldados rudos
avaros y aventureros,

no quieren con los vencidos
ni avenencias, ni conciertos;
quieren el robo, el pillaje,
la licencia y el saqueo;

quieren la ciudad entera,
con cuanto guarda en su centro,
con la sangre y la hermosura,
con las joyas y el dinero;

quieren el nido y el ave,
quieren el alma y el cuerpo;
que Valencia caiga viva
entre sus brazos de hierro.

Y entre el despojo y la muerte,
el asalto y el degüello,
gozar malditos amores
á la luz de los incendios;

saciarse de oro y placeres
bañados en sangre y cieno;
dar suelta á la bestia humana
y hartura al instinto ciego.

El feudalismo es la inercia
que contrasta todo esfuerzo,
que opone á todo entusiasmo
la inmovilidad del hielo.

La soldadesca, el instinto
salvaje, voraz, hambriento,
brutal, insaciable, hidrópico,
devorador como el fuego.

Y entre la indócil nobleza
y el descomedido ejército,
se alza el Rey, justo, inflexible,
cual la imagen del derecho.

Solo está frente á Valencia
y aguarda á sus mensajeros;
de los labios del Monarca
pende la suerte de un reino;

y en ocasión tan solemne,
en tan alto y grave empeño:
¿á quién volverá los ojos?
¿á quién pedirá consejo?

¿quién disipará sus dudas?
¿quién guardará sus secretos?
Un corazón, que reclama
parte en sus glorias y riesgos;

un sér noble, inteligente,
dulce, enamorado y bueno;
la Reina, que con su esposo
comparte el alma y el cetro.

DE Ruzafa hacia la torre
cabalga, en alas del viento,
un jinete que semeja
fantasma de niebla y fuego.

Parece un águila enorme
de alas blancas, pecho negro,
que de cerca perseguida
de otras aves viene huyendo,

como aturdida y maltrecha,
revolando al haz del suelo;
que hombres, águilas ó diablos
vienen más tras el primero.

Mas no son vanos fantasmas,
son jinetes agarenos,
cuyos blancos alquiceles
azotan sus potros de ébano:

ya llegan en densa nube
de polvo y de luz envueltos;
de armas, arneses y joyas
lanzan lluvias de reflejos.

Sobre un corcel africano,
tan corredor y tan negro
que del viento y de la noche
parece gallardo engendro,

se adelanta el Arrayaz,
del Emir cercano deudo,
Abuhalamalec, el moro
más poderoso del reino,

que para el Rey de Aragón,
con un mensaje secreto,
salió ha poco de Valencia,
con su magnífico séquito,

pues de Ruzafa en la torre,
tiene la corte su asiento,
y allí la embajada espera
el rey don Jaime Primero.

Van detrás del emisario
once nobles sarracenos,
y á los once nobles, siguen
otros tantos pajes negros.

Ya saltan de sus corceles
los gallardos mensajeros,
que alardean de galanes,
y ostentan, á fuer de espléndidos,

bordados de oro de Chipre,
los ceñidores bermejos;
blancas aljubas, tejidas
con plata y seda en Palermo;

alquiceles de merino,
que á su antojo pliega el viento,
prendidos con ricos broches
de esmeraldas, junto al cuello;

alfanjes damasquinados,
y anchos turbantes, sujetos
con joyeles de rubíes
que brillan como luceros.

Dignos son de tales amos
corceles y guarnimientos;
bordadas llevan de aljófares
las sillas de terciopelo;

de gruperas y pretales,
de cabeceras y frenos,
penden besantes de oro
y medias lunas de acero.

Once pajes africanos
los sujetan por el diestro,
y orgullosos los bridones
de sus brillantes arreos,

ó tal vez por hacer gala
de gallardos y ligeros,
relinchan y escaramuzan
tascando los ricos frenos,

dando que hacer á los pajes,
y á los cristianos guerreros
admiración al mirarlos,
y envidia de poseerlos.

Llegó á la regia presencia
el Arrayaz con su séquito,
y el Soberano y los nobles
se alzaron de sus asientos:

y al hallarse frente á frente,
con los ojos se midieron
dos razas que, palmo á palmo,
se están disputando un reino.

Mas ni sospechan los nobles
de tal embajada el éxito,
que ya otras dos, sin lograrlo,
recibió Jaime en secreto;

ni el Rey muestra la arrogancia
del orgullo satisfecho,
ni abate á los valencianos
el rubor del vencimiento.

Gallardamente contrastan
sus perfiles aguileños,
sus partidas barbas árabes,
sus grandes ojos de fuego;

sus dispendiosos vestidos,
sus joyeles opulentos,
su ceremonioso porte,
su oriental refinamiento,

con las bizarras figuras
de los cristianos guerreros,
francos, decididos, rudos,
sobrios, desdeñosos, fieros;

que no quieren otras galas
que su militar arreo,
y, á falta de otras preseas,
con su gloria van cubiertos.

Los vencidos visten oro
y los vencedores hierro;
la sobriedad es la fuerza,
y el lujo el enervamiento;

la opulencia es la mortaja
de los degradados pueblos;
es el derroche de rayos
de un sol que se está poniendo.

Llegó la Reina, ostentando
manto de púrpura y veros;
y el Rey mandó que salieran
damas y acompañamiento.

Saludó el moro á Violante,
entre rendido y soberbio;
y de un canuto de plata
que colgaba de su cuello,

mal escondido en los pliegues
de su ceñidor bermejo,
sacó un ancho pergamino,
diólo al trujamán hebreo:

y tras de fijar el plazo
de cinco días de término
para que de la ciudad
salieran los sarracenos,

y otorgarles que sus bienes
pudieran llevar con ellos,
pues hasta Cullera iría
fuerte escolta protegiéndolos;

escritas las nuevas cláusulas,
dióse lectura al convenio,
y en aquel jirón de gloria
puso el Rey su firma y sello.

CUANDO el Dios de la mañana
disipó los malos genios,
se levantaron los moros
sin haber gustado el sueño.

Sin aguardar á que expire
de la rendición el término,
por escapar al asalto
del vencedor avariento,

la población musulmana
se agita, presa de un vértigo;
todos corren, todos gritan
desatentados y ciegos.

Valencia es un buque náufrago;
los vencedores hambrientos,
las olas del mar que avanzan;
la tripulación, el pueblo.

Por eso, como los náufragos,
los vencidos agarenos
acumulan cuanto tienen
para salvarse con ello.

Nadie encuentra lo que busca,
 todos corren sin aliento,
 todos hablan sin oírse
 y aumentan el desconcierto.

Desde el aduán mezquino
 hasta el alcázar soberbio,
 todo es rabia, afán, angustia,
 y tumulto y clamoreo.

Las mezquitas están solas
 y los harémes abiertos,
 y los creyentes semejan
 del mal espíritu obsesos.

Ricas especias de Oriente
 recoge el droguista hebreo;
 guarda el mercader sus telas,
 sus cuentas el usurero,

y los sabios alfaquíes,
 avaros de sus secretos,
 guardan en sus pergaminos
 tesoros del pensamiento.

La hermosa que sus joyeles
 arroja en cofres de cedro,
 mezcla con las de Basora,
 perlas de sus ojos negros.

De los dorados alcázares
 por los ricos aposentos,
 cruzan llorosas doncellas
 y despechados guerreros;

esclavos y servidores,
 sin descanso, recogiendo
 tesoros que están sembrados
 cual deslumbrantes trofeos.

Y aquellas ricas estancias,
 hechas de luz y de sueños,
 hoy con nuevo encanto lucen
 y con incentivos nuevos.

Allí donde todo es diáfano,
 calado, gentil, aéreo;
 donde todo habla de amores,
 de quimeras y deseos;

las doradas celosías,
 los brillantes azulejos,
 el ajimez que se apoya
 sobre el parteluz esbelto;

los arcos de filigrana,
 tan sutiles, tan ligeros,
 que recuerdan los cendales
 de las tiendas del desierto;

lacerías y leyendas
 que en atauriques y techos
 corren, enredando flores
 con hilos del pensamiento;

las mullidas al-martabas,
 los tapices damascenos,
 las alcatifas de Persia,
 la luz, el ambiente, el cielo;

sobre el diván de brocado,
las jacerinas de Alepo;
la diadema de besantes,
los borceguíes turquescos;

con las mortíferas armas,
los aljofarados velos;
con las perlas de Golconda,
los sagrados amuletos;

bellas lámparas de bronce
de calados arabescos;
claros vidrios de Venecia,
cincelados pebeteros;

áureos xamitos de Otranto,
de Sicilia y de Palermo;
almaizares de escarlata,
almunáfas como céfiros;

las doradas alcancías,
con los búcaros bermejos;
collares, ánforas, guzlas,
cintas, monturas, arreos,

todo, en confusión magnífica,
por los blancos pavimentos
amontonado, extendido,
desparramado, revuelto,

como un mar de olas de seda,
de oro, púrpura y reflejos,
como uno de esos prodigios
que sólo se ven en sueños.

El Almuedzín, aterrado,
sube al alminar enhiesto,
y á los hijos de Valencia
llama al azzalá postrero.

Lloran los tristes creyentes,
el rostro en la tierra puesto,
lágrimas de despedida,
que, ansioso, se bebe el suelo,

y al contacto de aquel llanto,
quizá un instante vivieron
para llorar su vergüenza
generaciones de muertos.

A las puertas de Valencia
los que ayer eran sus dueños,
se disputan la salida
con la decisión del miedo.

Sordo, susurrante, indómito,
se vuelca el torrente inmenso,
como se vuelca al abismo
el río que pierde el lecho.

Los vencidos combatientes
salen, por do quier, dispersos,
con sus plegadas banderas
y sus mudos instrumentos.

Y en corceles de batalla,
con militares arreos,
van las doncellas, asidas
al talle de los guerreros.

La gigante masa anónima
surge en grupos turbulentos,
que son, en nubes de polvo,
montones de tela y miembros:

siguen detrás las acémilas,
los rocines, los jumentos,
cargados con los tesoros,
con los pedazos de un pueblo.

Tal multitud se derrama
de Valencia por los términos,
que en cinco leguas de espacio,
no se ve un palmo de suelo.

¿Dónde van las muchedumbres
de vencidos sarracenos?
¡Donde las hojas de otoño
cuando se las lleva el viento!

Era la ciudad un vaso
que iba la esencia vertiendo,
la población era un alma
que se exhalaba del cuerpo.

Mas pronto la hermosa forma
tendrá un espíritu nuevo;
tendrá otra fe y otras leyes,
y otra lengua y otro pueblo

que, ansioso de poseerla,
don Jaime, el *Sultán del fuego*,
mientras iban los vencidos,
en ola enorme saliendo

al Emir y al Arrayaz
mandó un noble mensajero,
que, para izarlo en Valencia,
les llevaba el pendón regio:

porque vieran los cristianos,
desde el ancho campamento,
que el hijo de Pedro el Noble
mandaba ya en cuatro reinos.

Pronto, encima de una torre,
que más tarde fué del Templo,
la bandera de don Jaime
flotaba tendida al viento.

El Rey descendió á la rambla,
por saludarla de lejos,
y al ver las barras de púrpura
sobre el fondo azul del cielo,

descabalgó, y de rodillas,
su rostro al Oriente vuelto,
vuelta á Dios su alma cristiana,
lloró de agradecimiento;

y á impulsos de su entusiasmo
besó, estremecido, el suelo:
¡con Valencia, el Rey don Jaime,
se desposó en aquel beso!